

UNIVERSIDAD E IGLESIA

Una de las cosas que más llaman la atención cuando se visitan por primera vez las Universidades de Cambridge y Oxford, son las capillas de los colegios. Tres son los locales de honor de un colegio: el "hall", donde se tienen las comidas en común; la biblioteca y la capilla. Oxford tiene 22 colegios, con 22 capillas. Las capillas no son un mero adorno, recuerdo de la antigua Universidad de origen eclesiástico. Las capillas son algo esencial a la vida universitaria, puesto que son algo esencial a los colegios de que la Universidad se compone. Las hay preciosas, como la del King College de Cambridge, que descuellan por su elevadas vidrieras góticas y su diadema de chapiteles (que nos recuerdan la Cartuja de Miraflores) sobre los colegios, y los pórticos parques que se extienden a la orilla del río. Las hay con retablos magníficos, como las del New y All Souls de Oxford. Que las capillas no son un mero adorno lo demuestran los libros de cánticos sagrados que puede ver el visitante en los recitados corridos. Las señales de uso frecuente en aquellos libros es clara.

Recordamos de la capilla del New College un detalle curioso. Sobre un libro abierto había escrita a máquina una oración para rezar durante la guerra. Allí se pedía a Dios la paz para el mundo, aunque echándose en brazos de la Divina Providencia.

Pero un monumento religioso, íntimamente unido con la historia de la Universidad, es la iglesia de la Virgen Santa María. Con su elevada aguja gótica, descuellan en el centro de un grupo de colegios. A la vista de un grupo de colegios, "foto" tomada desde un aeroplano. Vese en ella como alrededor de la que fué venerable iglesia católica se agrupan los colegios con sus chapiteles góticos y sus severas almenas, estrechándose como si fuera su madre. All Souls, dedicado a las almas de los que perecieron en la batalla de Azincourt; Brasenose, el veterano University y la elegante cámara de Radcliffe, con su monumental cúpula.

La iglesia de Santa María y la vida de la Universidad han estado siempre unidas desde la Edad Media. Todavía uno de los libros litúrgicos conmemora los bienhechores de la Universidad, y todavía se predica en ella el sermón de la Universidad y se reza en determi-

nados sábados la letanía de la Virgen. Pero la iglesia de Santa María trae a los católicos un recuerdo, quizás único en la historia de la Iglesia en los tiempos modernos.

Había en Oxford a mediados del siglo XIX un predicador celebrísimo, no católico, que predicaba con frecuencia sus sermones en la iglesia de Santa María, de la que era vicario. Este hombre se llamaba Newman Fellow, del Colegio Oriel, y uno de los universitarios de Oxford de ingenio más claro y más documentado en los orígenes de la Iglesia de Cristo. Newman era un hombre de estudio, sincero, de inteligencia clara, que pensaba por propia cuenta.

La iglesia de Santa María se llenaba de un público cultísimo: head masters, tutores de los colegios, lectores, estudiantes. Newman hablaba de la Iglesia verdadera ante un público en su mayoría anglicano. Pero aquellos sermones profundos, basados en la tradición de los primeros siglos de la Iglesia, llevaban insensiblemente al auditorio a reconocer la verdad de la Iglesia católica. Oxford sintió una especie de conmoción espiritual. Newman llevaba la duda a las almas, inclinándose demasiado del lado de la Iglesia católica. Parece que se lefa entre líneas en los sermones del orador de Santa María aquella declaración franca que hizo después a un amigo: "Yo no puedo convencerme de que los Estados Unidos e Inglaterra, con Gobiernos totalmente distintos, puedan formar un solo Estado; así, la Iglesia católica y la anglicana no pueden formar una sola Iglesia, un solo reino de Cristo. Yo encuentro más señales de veracidad a favor de la católica."

Las declaraciones de Newman en el "Times" acabaron de abrir los ojos a todos. Los tutores del Colegio de Balliol se alarmaron, sin acabar de creer lo que con sus propios ojos estaban leyendo en el "Times". Luego se preocupó toda la Universidad, y no faltó quien le pidiera a los estudiantes asistir a los sermones del famoso predicador. Newman abandonó a Oxford, y pronto declaró solemnemente como estaba convencido de que la Religión católica era la verdadera, a la que se pasaba, para ser después la figura más saliente de la Iglesia católica en Inglaterra.

Enrique HERRERA Oxford, 1929.

TAUROMAQUIA NUEVA, por K-HITO



EL TORERO QUE ANTES FUE "CHAUFFEUR"

ESTAMPAS LIRICAS

EL ALMA DE LOS JARDINES

Rovacías: Rosas de té y madreperlas Jardín de Pozuelo

A la entrada de Comillas, sobre un cerro frente al mar, se alza un palacio de extraña arquitectura, con pújaros de castillo—"La Cotercua"; "un palacio que vuela", que dijo Galdós en su libro "Cuarenta leguas por Cantabria". Desde sus terrazas (en una de las cuales conmemora una lápida haber presenciado desde allí Alfonso XII la salida del sol) se divisan los más sorprendentes crepusculos. El fantástico fanal rojo—gran farol japonés del sol poniente—se sumerge en el mar plateado, frente a "La Cotercua", adonde no es raro que acudan a contemplar el cotidiano prodigio del fugaz fosforescente "rayo verde", gentes amigas de la casa.

Al socaire del "palacio que vuela" se agazapa otra finca de campo y de recreo, que, merced a la altanería de "La Cotercua", apenas se advierte, pese a la gran extensión de sus praderías, huertas y jardines; una casa carente de pretensiones en su exterior, cómoda, original y confortable: Rovacías, desde hace tres años de residencia estival del señor Calvo Sotelo, nuestro ministro de Hacienda.

A un paso de la villa, sobre la playa, discretamente animada los veranos, colgada sobre una carretera que estos meses transita multitud de automóviles, Rovacías tiene a su morador, un aislamiento calmo y maravilloso, repleta en las ondulaciones de aquel cerro que circundan la inmensa semicircular península azul del mar, por un lado, y por el otro, imponente anfiteatro de montes, aterciopelados y verdosos los más próximos; azules los más altos, que el escudo señora, y casi aéreos, frágiles—como de cristal—a Poniente, donde los Picos de Europa aranhan el alto cielo.

Habitaba—por cortas temporadas—su finca de Rovacías, allá por los lejanos días de mi infancia, un hidalgo trotamundos, caballero muy culto y extravagante, cuyas genialidades oíamos comentar los arriepijos de mi "parigual" con la boca abierta; lo mismo que si fueran relatos de aventuras y fantásticos cuentos de literatura infantil.

Cuando menos se le esperaba, aparecía por la villa, casi siempre en invierno, el caballero de la perilla blanca y su planta elegante de "gentleman". Venía de Inglaterra, o de París de Francia, o de América, o de su palacio montañés de Alceda, o—quizás—de recorrer España en un mal carro (en aventura análoga a la de Ruesñol y Ramón Casas), después de profesar por una temporada el ajedrez y pintoresco oficio de pobre mendicante...

Entonces se daba a levantar muros y tapias a lo largo de sus posesiones, para ordenar, una vez construidos, su demolición por los mismos obreros constructores; estupendo concepto que de la ciudad tenía aquel señor, que no daba limosnas, si no era dignificándolas mediante aquel tejer y destejer, o, digamos, construir y destruir, que a él le permitía el lujo y el placer de socorrer a los necesitados, dándole "trabajo"; esto es, dándole pan; pero pan ganado, el honorado sudor de sus rostros, no pan de sopa boba.

La casa estaba confortablemente tendida, incluso con lujo en algunas estancias, entre las cuales recuerdo un amplio y bien amueblado dormitorio, cuya anchura y blanda cama pudimos llamar "de respeto", porque el hidalgo dormía en un cuartito encalado, igual que celda conventual, en pobre cama de hierro y por mesa de noche, tosca silla, sobre la cual estaba una palmaria azul con un cabo de vela...

Alguna tarde me subió a Rovacías mi padre, sobrino de un pariente del hidalgo andariego. Y de aquella visita—que yo recuerdo un poco vaga, bostrosamente—se me quedó prendida en la memoria la visión de unas rosas de té balanceándose en la brisa, delante del telón azul pálido del mar.

Fugaz, simple, sutil visión, que no sé por qué perdura en mi recuerdo con tan vivo relieve; dijérase apesadumbrado en el lienzo de mis evocaciones lo mismo que en un cuadro.

A tal punto, que el bello, eufónico nombre—de tan genuino sonido montañés—de Rovacías, prende inmediatamente en mi fantasía la gracia de las rosas de té—a través de un ancho ventanal del comedor, en cuyas vitrinas se encarraban grandes conchas de nácar—, columpiándose blandamente en sus tallos a impulsos de la brisa, sobre el azul del mar.

Murió aquel caballero de la perilla blanca, con talante de "gentleman" y genialidades de santo laico y extravagante. Su posesión de Rovacías pasó a otras manos. Yo no he vuelto a transponer las tapias de aquel jardín inmenso y a la vez recatado, entre montes y mar; mas se me antoja que las rosas de té siguen meciéndose en la brisa, y que, allí en las vitrinas del comedor, continúan irisándose en la clara luz de la tarde las grandes madreperlas, ocelicas y pálidas como carnales regazos,

Otro recuerdo infantil, para contrastar. El jardín (?) árido, de arbolitos típicos en terreno resaco, tras una verja de castaño, en su estanque circular de juguete, y su contador de rula enredadera trepando por la armazón como una jaula.

Jardín sintético, con sus caminitos, con su gallinero, con sus cuadros de hortaliza (¡qué diversión tirar con tiento y suavidad de las cuatro hojas verdes y ver surgir la redonda bolita de los rábanos, con partículas de tierra adheridas a la corteza roja y el rabito de la raíz, pequeño cordón umbilical de aquel modestísimo parto de la pobre madre tierra!), con su diminuto establo para una cabra y un borrico; ¡hasta con su noria!

Aquel verano—en plena insurrección cubana—los niños levantábamos los cándidos ojos desde el jardín sediento y reducido, para mirar los trenes que pasaban, en cuyas ventanillas se enracimaban los pobres soldados vestidos de aquel horrible rayadillo conque ya, para siempre, vestimos la evocación aplañante de los campos de batalla de la manigua.

Y aunque nos bulla en la sangre, fresca y valiente, la idea heroica de la patria invencible, recuerdo ahora cómo inconscientemente iban los ojos a posarse—desde la visión fugitiva del tren militar—a la quietud conturbada de la madre joven, sentada al atardecer bajo la marquesina del hotelito, una labor sobre la falda, el talle de avispa y las inhumanas mangas de farol...

En el último tren llegaban los papás, retenidos durante el día en Madrid por sus ocupaciones. Iban entrando cada cual en su jardín, y en todos ellos florecía en labios femeninos la misma pregunta, nacida con espinas y ansiedad de flor enferma y agostada: "¿Qué hay de la guerra?"

Aquella guerra de Cuba, que ensombrecía los primeros años de nuestra vida con vocante sentimiento trágico y heroico, tenía para nosotros su punto de mira en el jardín ajardinado de Pozuelo de Alarcón, como su deslinde catastrófico—aquellos días patrióticos y ardientes, preliminares del desaliento que nos hizo llorar lágrimas infantiles de rabia y de bochorno, un año después—, lo situamos, por misteriosas, no explicadas, razones, en torno a la gótica estatua de Colón, en plena plaza madrileña, el pretil de la Casa de la Moneda atestado de gente un Carnaval de insulada animación, con lucidas mascaradas y carrozas preciosas, entre las que faltó la más esperada: la jaula de fauna yanqui.

En aquel jardincito de Pozuelo aprendimos a vibrar por la Patria y a sufrir por ella... Pasaban los trenes—aquellos cajones verdes de ventanitas chicas, muy separadas—llevando tropas a Santander y La Coruña. Montábamos nuestro primer triciclo, pedaleando por los caminitos del jardín, en la misma dirección del tren, como si quisieramos seguirlo... Pero a los pocos—unos pocos—metros, la tapia del fondo del jardín nos cerraba el paso. Y tornábamos, pedaleando, hacia la verja, y rodábamos el estanquito en que acaso un barquichuelo de bazar nos hacía soñar con el Océano y con los transatlánticos que transportaban carne moza de España a los hambrientos campos de Ultramar.

...Hogazo, cuando desde el moderno y moderno vagón del rápido, pasamos sin detenernos el por Pozuelo, atisbamos un instante el tejado de aquel hotelito, un trocito del tisico jardín... Y elevamos el pensamiento y se nos ensancha el corazón, henchido de amor a esta España nuestra, prepotente y engrandecida, rediviva y pujante, a prueba de catástrofes y de martirios.

José D. DE QUIJANO

SIGUE LA AGITACION EN PALESTINA

Los árabes han declarado el boicot a los comerciantes judíos

JERUSALEN, 27.—La campaña iniciada por los elementos árabes contra los comerciantes judíos, a los cuales se trata de declarar el boicot, va adquiriendo caracteres y proporciones alarmantes, especialmente en Jaffa y Jerusalén.

El gobierno procura por todos los medios a su alcance resolver el asunto, estableciendo una inteligencia entre ambos bandos.

Una cuadrilla de obreros arrollados por un tren

Cinco muertos y dos heridos graves

SAINT JEAN MAURIENNE, 27.—Un tren ha sorprendido a un equipo de obreros yugoslavos que trabajaban en la vía férrea, matando a cinco de ellos. Otros dos resultaron gravemente heridos.

Paliques femeninas CHINITAS

¿A qué obliga, legalmente, la promesa de matrimonio? ¿A qué obliga, según la ley, les está prohibido casarse?

Esas dos preguntas nos las ha dirigido recientemente "Una soltera curiosa", cuya curiosidad (que, según ella, comparten muchas lectoras jóvenes y en estado de merecer) procuraremos, gustosos, dejar satisfecha.

Respondiendo a la primera pregunta, he aquí la contestación: Según el artículo 44 del Código civil, si la promesa de matrimonio se hubiese hecho en documento público o privado por un mayor de edad o por un menor asistido de la persona cuyo consentimiento sea necesario para la celebración del matrimonio, o si se hubiesen publicado las proclamas, el que se casase, en esta justa causa, estará obligado a rescatar a la otra parte de los gastos que hubiese hecho por razón de la boda prometida. Pero debe tenerse presente que la acción para pedir en derecho el rescato de los gastos sólo podrá ejercitarse dentro del año, contado desde el día de la negativa a la celebración del matrimonio.

Veamos ahora a quienes les está prohibido casarse. Primero: al menor de edad de ambos sexos que no haya obtenido la licencia de sus padres para contraer matrimonio, así como al mayor de edad que no hubiese solicitado el consejo de las personas a quienes legalmente corresponde otorgarlo.

Segundo: a las viudas, durante los trescientos días siguientes a la muerte de su marido, y tampoco antes de ser madres, si al enviudar iban a serlo. Y de la misma manera, es decir, antes de transcurrido dicho plazo, tampoco podrán contraer nupcias las mujeres cuyo matrimonio hubiese sido declarado nulo, contándose esos días de espera, en este caso, a partir de la fecha en que tuvo lugar la separación legal. No pueden casarse, el tutor ni sus descendientes, con las personas que tengan o hayan tenido en guarda hasta que fenecida la tutela, se aprueben las cuentas de su cargo. Pero si el padre de la persona sujeta a tutela hubiese autorizado anteriormente el matrimonio en testimonio o escritura públicas, la boda podrá llevarse a efecto.

Observaciones: La licencia es absolutamente necesaria a los menores de edad de ambos sexos para poder casarse, y dicha licencia ha de ser concedida a los hijos legítimos por el padre, faltando éste o hallándose impedido corresponde otorgarla por el siguiente orden: a la madre, abuelos maternos y paternos y, en defecto de todos, al consejo de familia. En cambio, el consejo que los hijos mayores de edad están obligados a pedir sólo han de darlo el padre, y, en su defecto, la madre. Y si no lo obtuvieran o fuese desfavorable, no podrá efectuarse el matrimonio hasta haber transcurrido tres meses a partir de la fecha en que fué solicitado el consejo. Por cierto que, según la ley, ninguno de los llamados a prestar su consentimiento o consejo está obligado a manifestar las razones en que se fundan, lo mismo para concederlos que para negarlos, sino que tampoco se dá recurso alguno legal frente a esas resoluciones.

Ahora bien. ¿Cómo acreditar que se ha solicitado la licencia o el consejo para poder casarse? De una sola manera. Por medio de un documento que haya autorizado precisamente un notario civil o eclesiástico o bien el juez municipal del domicilio del solicitante. Y de la misma manera se acreditará el transcurso del tiempo a que nos hemos referido más arriba, cuando inútilmente se ha solicitado el Consejo.

Por último, y ya completamente, según creemos, "Una soltera curiosa", vamos a contestar a otra lectora que nos pregunta: "¿Qué son, mejor dicho, qué carácter tienen las capitulaciones matrimoniales?"

Tienen un doble carácter: el estrictamente legal y el de fiesta de sociedad. Refiriéndonos al último expusimos algunas normas orientadoras. A dicho efecto, por ejemplo, acude la novia vistiendo su último traje de soltera y sin joyas, menos aún las regaladas con motivo del enlace, las cuales no debe lucir nunca hasta después de efectuada la boda, salvo la pulsera de pedida. El documento lo firma primero el novio, que entregará la pluma a su futuro, quien firmará a la vez y la pasará acto seguido a la madre del novio; luego ésta se la entregará a la madre de la novia, firmando a continuación los individuos de la familia por orden de edades. A continuación se trasladarán todos al comedor, donde se celebrará el banquete, al que es costumbre invitar al notario. Nada de brindis, que resultan anticuados y cursis. Y anotemos también que ahora lo moderno y lo "bien" consiste en celebrar estos banquetes, no en las casas, sino en un hotel de categoría, lugar en realidad poco indicado para una fiesta íntima y familiar; pero... es la moda.

El Amigo TEDDY

Una casa para mutilados de guerra

En vez de escaleras, hay rampas para descender hasta la calle



La señorita Edda Mussolini, hija del "duce" italiano, visitando la Exposición. (Fot. Dubois.)

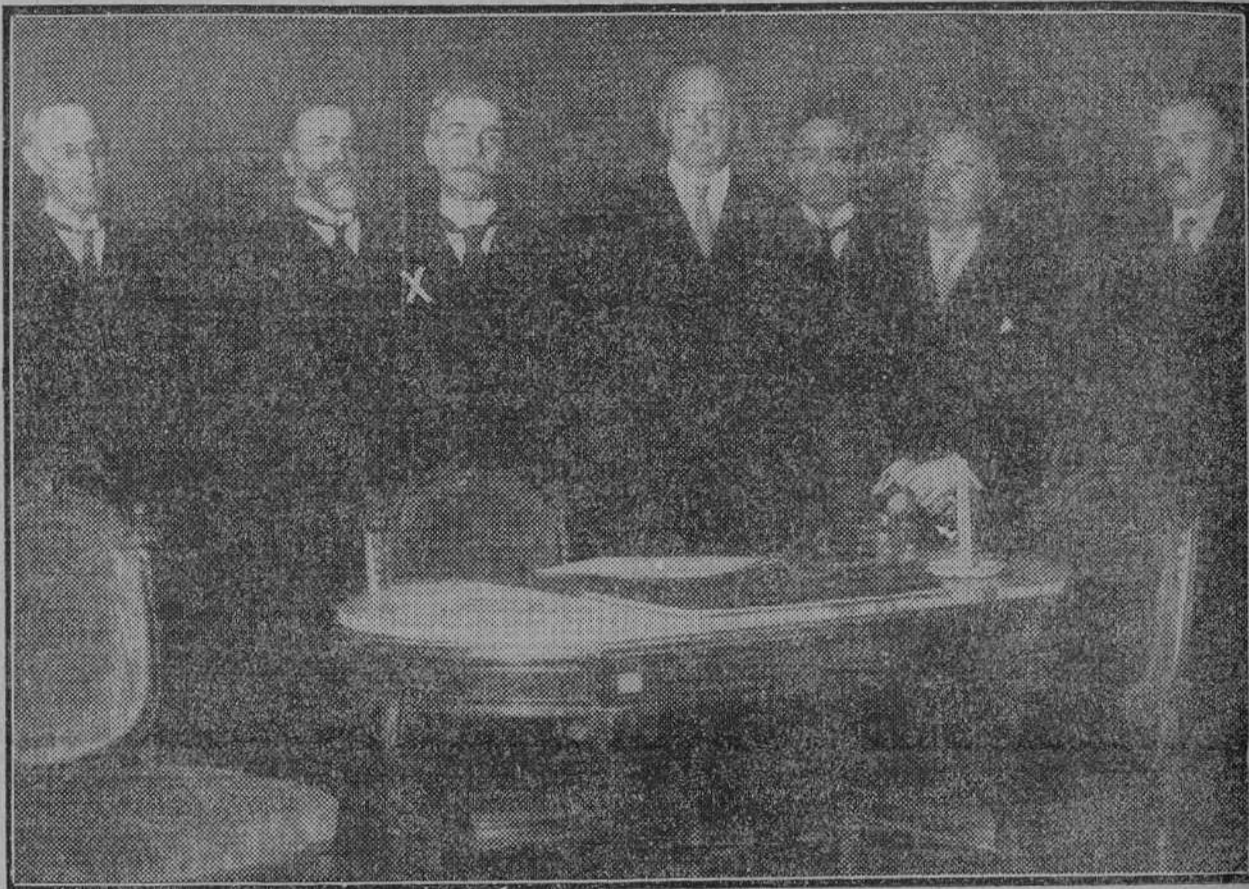
COLONIA, 27.—Se acaba de construir en Duisburgo una casa de alquiler por pisos, especialmente acondicionada para la comodidad de los mutilados de la gran guerra.

En vez de las escaleras, que tanto dificultan la salida de paso de los ex soldados sin piernas, se han construido unas rampas, por las que los mutilados podrán arrastrar sus cochecillos hasta la misma calle sin ayuda de nadie. Dentro del edificio se han construido ascensores especiales para que puedan subir hasta el piso más alto las sillas y cochecillos de los inválidos.

Es la primera vez que se construye una casa en la que el arquitecto ha tenido en cuenta, a más de las comodidades modernas para las personas normales, las necesidades de los mutilados de guerra, a los que su forzosa inadaptabilidad a los medios de vida de las demás personas les obliga a vivir, cuando no disponen de medios económicos, una vida solitaria y poco sana, dentro de un piso de reducidas dimensiones en la mayoría de los casos.

Dos soldados muertos al estallar un obús

BUCAREST, 27.—A consecuencia de la explosión de un obús en un cuartel han resultado muertos dos soldados y heridos de gravedad otros cuatro.



El general Primo de Rivera, con el ministro plenipotenciario de Yugoslavia, Mr. Dragomir Yancovitch (x); secretario de Relaciones Exteriores, señor Palacios, y alto personal de la Legación de Yugoslavia, después de la firma del Convenio comercial entre España y Yugoslavia. (Fot. Vidal.)



SEVILLA.—EN EL PABELLÓN DE COLOMBIA: El ministro, Sr. Vélaz; el comisario, Sr. Pinto Valderrama; el arquitecto director del Pabellón y otras personalidades en la visita preliminar al mismo. (Fot. Dubois.)



BILBAO.—TORNEO DE POLO A LA AMERICANA: Equipo blanco, formado por los Sres. Echvarrieta, marqués de Valdecilla, Urizar y conde de Vilallonga. (Fot. Espiga Felit.)